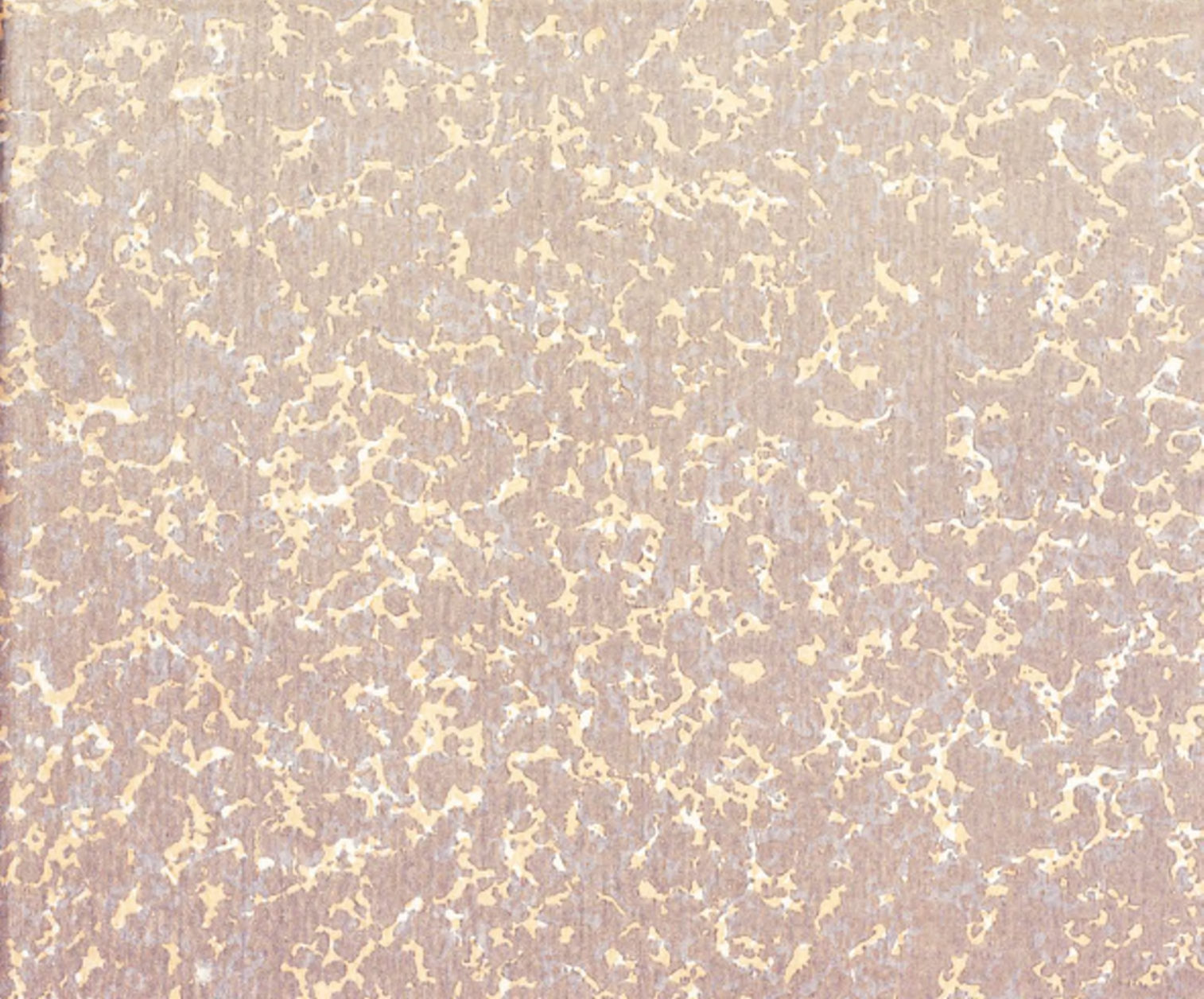

+E-14-2/32

FLOR TAFALLESA

Novela corta por Miguel Ancil y Galarza.

A mi distinguido amigo José María Azcona y Díaz de Rada.
Tafalla.

Loar al país que en el pretérito escribió, con sus glorias, fastos hermosos que hogaño admiramos, es característica de los hijos descendientes de los navarros de antaño.

Esculpir lo real y dar vuelos a la imaginación, para que vagando en alada fantasía cree personajes e invente fazañas novelescas que en caballerescos tiempos fueran no inverosímiles, estimamos ser tolerable al escritor que quiere amenizar el rutear prosáico de una región con la bella poesía de la vida.

Mi humilde pluma al ofrendaros, querido amigo, estas mal hilvanadas líneas, quiere reconocer al caballero navarro, que por su cultura, su amor regional, su posición social, los cargos que en nuestro tiempo ha ocupado, es prenda segura de su gran utilidad para el porvenir, como estela luminosa que en lo futuro promete dar prez y gloria a la patria de nuestros mayores.

"EL IRATI"
SOCIEDAD ANÓNIMA

DIRECCIÓN TÉCNICA

Particular

Pamplona 4 Abril 1917.

Sr. D. José Mª Arcona

Distinguido amigo: Aparte, por el correo de hoy, le envío certificado en papeles de negocios el ejemplar de la novelita para que V. lo lea y sírvase contestarme si desea que se inserte la dedicatoria que el mismo lleva.

Al amigo Lecea le he escrito diciendo que enviaba la novelita y que si le place puede leerla antes de mandársela para hacer la edición.

Sin otro particular le saluda su amigo.

Miguel Ancil

Yo os suplico aceptéis deleitoso este pequeño cuento de vuestro pueblo, que desde la historia testimoniada se remonta a la idealidad imaginativa de los caballeros trovadores y andantes.

"FLOR TAFALLESA"

Gobernaba el reino de Navarra en nombre de su padre que a la sazón regía el de Aragón, la princesa Doña Leonor, casada con Gastón de Fox. Esta era hija de Don Juan II de Navarra y de su segunda mujer Doña Juana Enriquez.

Residía Doña Leonor largas temporadas en su palacio de Tafalla, en cuya población había convocado Cortes generales del reino para noviembre del año 1460, cuyo parlamento tenía por misión acallar los enconos y discordias que en el país existían entre Agramonteses y Beaumonteses, consecuencia de las guerras civiles recien acaecidas entre los partidarios del rey Don Juan y de su hijo heredero Don Carlos, príncipe de Viana.

Asistían a la Asamblea dos caudillos insignes; Don Nicolás de Chavarri, Obispo de Pamplona, y Mosen Pierres de Peralta. Era el Obispo de Pamplona varón de nobles y cristalinos sentimientos, aunque con prepotencia de mando. Había ocupado la sede pamplonesa merced a las influencias que Mosen Pierres ejerciera en Roma, siendo embajador del rey de Navarra cerca del Vaticano, a la sazón en que el cardenal Besarión, movido por Chavarri, presentára renuncia del obispado navarro median-

te el estipendio anual que Don Nicolás le hiciera de mil escudos en oro de la Cámara de su sede.

Mosen Pierres, embajador bien quisto en la corte pontificia, hombre galante y cortesano, escribió al Pontífice y le suplicó nombrase a Chavarri, persona querida por los navarros y pariente suyo. Tomó el Papa juramento al Condestable, y éste, ayuno de escrúpulo, juró en vano, pues no le relacionaba a Chavarri parentesco alguno. Refrendado tal nombramiento, no tardó Mosen Pierres en hacer saber al Pontífice que el parentesco era fingido, y éste, que se gozaba de las simpatías del Condestable, absolvióle con pronunciamientos favorables de la falta cometida.

Desde las primeras sesiones del Parlamento navarro notóse la inquina que todavía perduraba entre ambos bandos, siendo sus debates voceros y accidentados.

Entablóse singular duelo entre Don Nicolás de Chavarri y Mosen Pierres, luciendo ambos todas las gallardías de su ingenio que amulasen las acusaciones lanzadas por el adversario: "Vos - decía el Obispo, parlamentando al Condestable - manteneis " "vivo el rescoldo que enciende apasionadamente las almas heróicas de los navarros, " "pugnando por pretéritas rivalidades odiosas."

"Vos - acnacaba implacablemente y con saña tenue y elástica, el mismo Obis-

po - sois causante de las desdichas que perduran en el país, empobreciendo los pue-"
"blos, ensangrentando los campos y lanzando a la miseria, a la ruina y a la abyección,"
"el vigor, la lozanía, la juventud patria que presagian hecatombes futuras para el "
"querido reino."

Las palabras cálidas y censurosas de Don Nicolás producían efecto mágico en los tres Estamentos de la Asamblea.

Se decía el Clero, primer brazo del Parlamento: "Don Nicolás tiene razón y"
"le apoyaremos con todas nuestras fuerzas."

Se razonata por los hijosdalgos, tocados de egoismos y avaricioses por las pérdidas ocasionadas en discordias fratricidas: "Don Nicolás quiere la paz y le apoya-"
"remos."

Se decía el tercer Estamento representado por el pueblo y diputado por los alcaldes de sus ciudades y villas: "Nuestros hombres cansados de lucha estéril quieren"
"la paz y aplaudían a su Obispo."

Mosen Pierres estaba solo, no tenía partidarios; su caracter soberbio y violento no podía someterse a las decisiones del Obispo, él, que a la sede pamplonesa le había elevado aun mintiendo al Papa, desdeñado por su protegido, meditaba planes trági-

cos que realizó.

II

Hermosa cual es la aurora de primavera, esbelta y atrayente por su gracilidad y sencillez era María Azmar, joven de veinte abriles, perteneciente a linajuda familia tafallesa. Era alta y pálida, tocada de gracia por el sencillo prendido de sus cabellos negros que hacían vislumbresazulosos; no tenía la boca diminuta pero sí de evocación al sonreir, de ritus infantil y de pliegue sereno en el silencio; sus sienes eran serafícas, sus dientes de pureza de azucena; sus ojos negros y grandes, avispados en el mirar se invadían de lumbre alegre y risueña. Placíase en vestir telas delgadas, de hechura a la moda que velase su misteriosa carne. Dechado de beldad soberana no se habían engreído sus sentidos. Desempeñaba en Palacio el cargo de camarera de confianza de la Princesa Doña Leonor.

Era Ramiro de Peralta, varón de esbelta estatura, rivero de rostro trigueño y faz tostada; de barba abundosa y ochiva y cabellera hirsuta, su edad frisaba en los treinta años. Su caracter astuto, sagaz y vengativo, contendioso, que en ocasiones proporcionaba disgustos a la altivez de su tio. Curtido en los guerreros campos había derramado su sangre en cien proezas bélicas al lado de su tio Mosen Pierres de Peralta, cuya

conducta copiaba.

A la sazón de las discusiones parlamentarias que mal parado dejaron a Mosen Pierres, se encontraba en Tafalla, dispuesto a defender con el filo de su espada las hazañas de su tio. Desde las primeras visitas que Ramiro hubo a Palacio, enamorose de la venusticia encantadora, del almante talle de María Aznar. Exclamó a su vista : "¡Oh mujer, virgen Venus, gracil y mayestática!.

Apuesto joven, de la edad de María, caballero de la casa de Aznar y primo de María, era Enrique, el cual desde su niñez había demostrado predilección por su bella prima, siendo por ella correspondido.

Concibió Ramiro intenso amor, perturbador de toda su existencia; y conociendo las simpatías de la bella por su primo Enrique, fué preso de ardientes celos, meditando la idea de apartar a su rival del lado de María, por todos los medios posibles.

En vespertino paseo ambulaba María con su princesita por las blandas veredas y lindes del dilatado jardín palacial. En el pálido ambiente de crepúsculo se desgranaban cantos de alondras; de acequias y brazales surgía un fresco ruido y un aliento de otoño y olor de cañas y hierbas húmedas.

Desde los alfeizares del alcázar las percibía Ramiro y fribrinoso y trémulo

acudió ceremonioso y parlero a rendir pleitesía a su reina navarra y a la dueña de su ébrio corazón. "A vuestros pies, Alteza", parló veneroso, hincando su rodilla. "Por "
"vuestro corazón, vestal augusta" musitó, estampando un fino ósculo en la diestra de María.

"Bienvenido sea nuestro leal servidor" replicó la princesa. "Compartís nues-"
"tra guardia y agradecemos vuestra visita", agregó Doña Leonor."

Los brillantes ojos de Ramiro cruzáronse con la humillada mirada de María, que en sencilla ruborosidad, bajóles presta a tierra. Ataviada como de vespertino solaz, lucía cuello de engargoladas gargantillas y abalorios; su carne trascendía efluvio tiernísimo de cuidadoso aperfumado reciente; en sus orejas vislumbraba el aljófar y coral de sus arracadas y su cabello surcado por raya en medio, se plegaba con picaresca gracia, rizado de tenacillas. La presentación de María acabó de divinizarla en el corazón de Ramiro, jurando éste sería de su eterna pertenencia. En la áspera vida de campaña, Ramiro conoció mucho a Doña Venus y hubo de hembras placenteras.

Con palaciegas ceremonias despidióse el capitán de las huestes navarras de su visita a la princesa y meditando astucias para apartar a su rival, recordaba el delicado perfume de las ropas vaporosas y el rumorcito sedeño de las íntimas.

En el confín remoto se ponía el sol sombreando las florestas otoñales. Del

dilatado Alcázar creaban ráfagas de poesía y de alegría. La calvicie de los collados vecinos enseñaba tierras sativas y tierras peladas. Paseando bajo el sol póniente percibía el cuitado un vaho tibio y sonrisas puras de ángel.

En los cielos glorioso de azul profundo, iniciábase el crepúsculo. Por las ruas tafallesas ambulaban mujeres, campesinas, anchas, fuertes, de trenzas opulentas y senos maternales. Ramiro contemplábalas galano. ¡Te están celando! Díjose de antuvión el capitán.

III

Celebraba Doña Leonor una novena en el convento de San Francisco y a él trasladóse con sus camareras y servidumbre, haciendo palatina residencia durante la pía fiesta. Radicaba el convento en las proximidades de la ciudad Tafallesa y era acribillado de ventanitas de celdas y cerrado con tapiadas circundantes.

Sonata acompasada y pura la campana del convento y el tañido sabía al paisaje y era como perfume de cristianismo y de inocencia, y se alejaba esparciéndose en la Ciudad del Cidacos y se le veía prender, formar eco y deshacerse en la paz de la llanura, allá donde los sembrados se juntan y funden con el cielo, y en los montes ciclopeos que cierran el horizonte.

La plaza del convento estaba arbolada de acacias que en primavera se llenaban de blancura y fragancia. Los edificios vecinos eran yesosos y viejos, obscurecidos por la umbría de los altos muros pétreos, lisos y negruscos de la abadía. Soleábanse ancianos; había rebullicio de chicos al recaudo de abuelos y niñeras en la plaza del convento.

Exacerbado el carácter de Mosen Pierres con la filípica que el Obispo le propinara en el parlamento, concibió trágica determinación que realizó. Las acusaciones trascendían al pueblo, el cual fué vocero contra el Condestable.

Llegaron a oídos de Doña Leonor las disensiones surgidas y para dulcificarlas llamó a Don Nicolás al convento.

El Obispo estaba retenido en su casa, medroso, porque sabía como las gastaba el Condestable; pretextó a la princesa fingida enfermedad. Dió Doña Leonor nuevas órdenes; y para más obligarle a presentarse ante ella, envió para que le acompañase a Mosen Rodrigo de Rebolledo, persona de mucha calidad, dándole su palabra real de que nadie causare al Obispo el menor daño. Don Nicolás, a pesar de estas reales razones, tampoco se atrevió a salir, previendo que algo malo había fraguado Mosen Pierres.

La princesa envió nuevamente otros mensajeros, como Mosen Fernando Baquedano y el Castellar de Amposta, que con gente armada, capitaneada por Enrique Aznar, diesen

amplias seguridades a Don Nicolás en su paseo-viaje al convento.

Mosen Pierres acechaba toda la escena y preveníase a realizar sus planes.

Por el portalón de la casa episcopal se asoman las bestias con jinetes armados de lanzas y sables. El Obispo cabalga mula de enlutados arneses.

Una gasa zarca infinita besaba la tierra amuleándola blandamente. Los montes eran como altares donde se quemaba el incienso de las nieblas. La boira sutil descendía friamente de los carrascales y abarcaba como un mar de oleadas franjas, las dreceras de olivos, los livianos collados, la amenura pradeña, el caserío de la Ciudad tarallesa.

Puesta la comitiva en marcha por la calle umbría, camina lenta y silenciosa, cual presagio de epopeya fúnebre.

Más súbitamente, un centenar de infantes y jinetes, con abigarrados armamentos, emergen de la encrucijada de calles, acometiendo furiosos a la episcopal comitiva. El griterío es ensordecedor; crúzanse denuestos y apostrófes recios de una y otra parte. Ramiro, a cuyas órdenes obran los emboscados, multiplícase en el fragor de la pelea. Caen tullidos y muertos. El Obispo rodeado de turba de infantes y caballos es alanceado; corre la sangre por doquier; yá restan muy pocos sanos de la comitiva del Obispo. Los supervivientes huyen dispersos. Todo el afán de Ramiro consiste en hacer preso a su rival Enrique.

El Obispo Don Nicolás yace en tierra mortalmente herido y en brazos del pueblo es conducido al convento de San Francisco y colocado en un lecho, donde de angustia ondulante hasta el penetral de su alma y recitando credos y enviando perdones y bendiciones a sus enemigos, expiró con dulce agonía en los breves momentos.

Este episodio histórico ocurrió en Tafalla el día 23 de noviembre del año 1460. El cuerpo del Obispo Don Nicolás de Chavarri fué enterrado en el convento de San Francisco. En el lugar donde el Obispo cayó herido se instaló una columna de piedra con la efigie de San Sebastian mártir.

IV

Enrique Aznar defendióse con valor denodado en la refriega y combatió heroicamente ante la superioridad de enemigos que le asediaban. Encendióse en cólera al observar que la jauría enemiga iba capitaneada por su rival y competidor, por Ramiro de Peralta, sobrino de Mosen Pierres. Antes que caer en manos de los beocios y gárrulos, de los esbirros y asalariados que tomaban parte en la trama trágica, márchóse del lugar del combate, cuando toda defensa era imposible.

Atravesando el Cidacos a uña de caballo por junto a los cascones donde discurre despacio y como dormido al abrigo de los árboles marginales, ruteó por las colinas sua-

ves y pinosas y por las tierras paniegas hasta Olite, donde cobijose y se ocultó a la persecución de Ramiro.

Con asco y odio, entristecido el casto no se excitó por venganza de ofensas sino por celos de amor que le inclinaban a lanzar el adiós eterno al amor de su vida.

La llanura de Olite estaba en soledad, las piezas mullidas de terciopelo exhalaban leve humo de nieblas, el terreno ondulaba dulcemente hasta el confín; en los prados de la lontananza pacían vacas rojas y el eco reperoutía ruidos de esquilas y de balidos.

En Olite albergóse en el casón de sus parientes, los que atemorizados por su suerte recibieranle cordiales y afectuosos.

Presumió Ramiro la ruta que tomar debiera su encanado rival y al siguiente día envió en su persecución gente armada para prenderle, la cual penetraba en la localidad, cuando Enrique había yá escapado de ella con dirección a Tafalla, para saludar y despedirse de su amada prima.

Meditando su situación, optó Enrique libertarse de la persecución de que era objeto, y para ello trasladarse al Bearne, a Pau, donde radicaban parientes próximos con los cuales moraría hasta que terminasen las actuales discordias, las que en verdad no podían perdurar. Caminaba al galopeado avance de su caballo por la llanura suave ves-

tida de pasoura; parecía la tierra en quietud como una pausa, un remanso del tiempo y de la vida.

Detúvose Enrique en el convento de San Francisco donde todavía se hallaba Doña Leonor en compañía de la bella tafallesa. Allanóle la portería del enclaustrado monasterio Sor Margarita, monjita que al servicio de la familia Aznar había entretenido su juventud en el mundo y sirviole de correveidile para la apelación a María a su entrevista, tenida en el salón recibidor.

En el aposento, contó Enrique a su prometida toda la épica batalla que en las calles de Tafalla tuvo lugar el día anterior y los esfuerzos de su rival Ramiro para apoderarse de su persona; desarrollándose tierna e idílica escena en la que se juraron amor eterno y la promesa de casamiento al regreso de Enrique.

María - parló Enrique - para nuestra tranquilidad y evitar el escándalo que los sucesos acaecidos acarrearían, he decidido mi ausencia hasta que estas circunstancias especiales desaparezcan, marchando para ello, a la residencia de mis parientes en la villa de Pau del Bearne.

Llorosa por la ausencia del amante asintió María al deseo de su prometido. Rodeó con su brazo el talle de María y la atrajo hacía si. La joven respirata satisfecha. Un ultrarefinado bienestar les halagaba. Sus cuerpos vibraron en deleite de amor y la

bella ondulaba en trémolo de placer.

Él murmuró: "¿Me quieres?".... y su aliento era ardoroso.

Ella repuso: "Con toda mi alma..... mucho, mucho."

"Como yo a ti....."

"Como tú a mi .... Más, Más que tu a mí."

María mollonosa y medrosica exclamó: "Yo seré tuya" "Yo soy únicamente tuya....."

Enrique asió las manos de María y estampó un ósculo cariñoso y tierno, exclamando "Oh María mujer bella, mujer ideálica!

Su voz acariciaba; los dedos de María y el efluvio tiernísimo de su vida le daban sensaciones de dicha, de adormecimiento, de niño arrullado, de ser muy bueno y sencillo, de aflicción de lágrimas, de amor eterno....

"¡Qué no daría yo por hacer de nuestra vida un abrazo eterno!...."

Luego ella, apoyada su frente sobre el pecho de él, lloró mucho.

Por la memoria del amoroso pasó un recuerdo triste. Quedó un rato ensimismado y como pensativo.

María exclamó: "Enrique, amor de nobleza incomparable, vida mía, preciso es" "que ante el ara del Cristo pendiente en este recibidor juremonos amor eterno."

Y en unión de sentimientos, de ideales, de porvenir fundiéronse dos corazones prometiéndose su unión íntima y exclusiva.

Enrique radiante de dicha besó los rizados de la cabellera de María, respondiendo ésta con placentero ósculo en la faz de su prometido.

Cambiáronse áureas alianzas y dispuesto a partir díjola: "¡Oh virgen dolorida de venturoso amor!" y la besó entre los ojos a imitación del célebre cuadro de León Perrault titulado "Le Depart".

Correspondió María con efusivo y sonoro beso en la despejada frente de Enrique.

Y en esta celestialidad de amores y de promesas, de juramentos y ósculos, de ternuras insaciables, susurraban en sus oidos músicas celestiales, de contento y alegría; músicas de melancolía y de leyenda, música princesa abrazada con cantos del pueblo; aires gozosos de amor, aires tristes de separación.

Terminada la efusiva despedida partió Enrique para Pau acompañado de una docena de escuderos que custodiasen su persona y de cuya fidelidad estaba cierto.

Espías, alcahuetes, avisaron a Ramiro la marcha de su rival y la ruta que éste tomara. Decidido a llevar a efecto su aprehensión, fraguó un criminal atentado para apoderarse de su persona.

Conocedor de las rutas que en la región pirenáica existían para el acceso a Pau, armó cincuenta esbirros que sin tregua le persiguieran, dividiéndolos en dos bandos a las órdenes de dos cabos de cuadrilla que le diesen caza, apoderándose de Enrique.

¡Jamás sospechára Enrique la saña con que Ramiro le perseguía!

¡Oh los campos despoblados tienen la inocencia y la grandeza del caos!

Todo el campo parecía a Enrique un cementerio inmenso. Cruzó tierras de huebras y otras sembradas, senderos traviesos que terminaban en prados hondos y luego iban por bancales cerrados por cardos, parras y zarzamoras. Atravesaban ríos de orillas de misterio tupidas de raigones de chopos y olmos viejos y servían de vadaras leños allanados que alcanzaban la otra márgen, descansando en hirsutos y frescos medallones de verdor; por debajo se deslizaban hebras de agua haciendo sonecillos de abalorios cristalinos.

Recorriendo la planicie Navarra llegó Enrique a las selváticas frondas, célebres años ha por la derrota que en ellas sufriera Carlo Magno; a los paisages que en sus nevadas cumbres y en sus ásperas barrancadas contemplaran un día el feroz batallar de los magnos ejércitos de Carlos el Grande con los adustos navarros y en los que encontrara la muerte el héroe de la leyenda, Roldán.

No sospechaba el caballero navarro que en las escarpadas de los agrestes bosques se iba a cometer la perfidia de Ramiro.

Densa niebla descendía de los picachos agrestes y de las cumbres nevadas en la glacial alborada de noviembre; jinetes en sus rocinantes, caminaba la hueste de Enrique con su jefe a la cabeza; desprevenidos los inocentes platicaban y parlaban voceros.

Arriban a un recodo de la vereda, cuando súbito un enmascarado grita: ¡Quién vive! . ¡Navarra! - responde Enrique. ¡Gente de armas! - replica el estirro. ¡Gente armada! - responde el capitán. ¡Entregaos! . ¡Jamás lo alcanzareis! .

De repente emergen del norteño bosque más de treinta jinetes que izan en la enmanoplada diestra estoques tajantes: ¡A ellos! exclaman al unísono, y generalizose la batalla.

Peleó Enrique con singular valor y fué su ejemplo tan poderoso en sus escuderos que hacía retroceder a los faccionos a pesar de su superioridad numérica. Tajos y mandobles repartíanse por todos los lados; yacían heridos y muertos; la sangre coloreaba los pedruscos calizos.

Peleaban todos con singular bizarría, más de repente, herido el caballo de Enrique, se encabritó y resbalando dieron en tierra jinete y caballo; al instante le

rodearon cinco esbirros de la hueste de Ramiro que enfilando sus estoques le insinuaron: ¡Rendíos!. Ayudaronle a levantarse y le maniataron, aupándolo en el caballo de un yacente conduciéndole prisionero entre las filas de los secuaces de Ramiro.

Protestaba Enrique de su aprehensión dando vivas a Navarra y a la princesa Doña Leonor; suplicaba se le permitiera dirigirse libremente a su casa, más nada endulzaba a los feroces aprehensores, fieles cumplidores de la consigna que Ramiro les ordenara. El caballero navarro fué conducido a un castillo ruquero de la costa cantábrica y encerrado en él con guardias en su portalón.

Sabedor Ramiro de la prisión de su rival, concibió la idea de engañar a María con la aspiración de que ya jamás recordase a su prometido.

Procuraba captarse las simpatías de María con incesantes halagos y promesas, redoblando sus galanterías inutilmente. Asistía a cuantas fiestas palatinas celebraba Doña Leonor. Los torneos, trovas y saraos que en honor de la bella tafallesa celebraba con frecuencia Ramiro de Peralta, se placían de halagos y satisfacciones, sin que María prestase en las fiestas la más leve sonrisa que ondulase la nostálgica melancolía reflejada en su bellísimo rostro.

Gemía Enrique en el costanero castillo flanqueado por torres, circuido por triple recinto con fosos y puentes levadizos, habiéndose colocado por órden de Ramiro, guardianes que a toda hora vigilasen su persona.

La soledad de la mazmorra, el silencio del lugar, las tinieblas de las simas, donde la luz del sol no brilla alegre y bendita, el desamparo de toda caridad del prójimo hizo flaquear su corazón. Y medroso sudaba, la opresión le atemorizaba y sus arterias parecían estallar. Sentía más angustia por su inferioridad reconocida que por su sujección de prisionero. Se angustió y exclamaba: ¡Señor, los hombres no se aman como Tú, Maestro, dijiste que se amasen!; y quedaba en deliquios febriles.

Rezaba y su oración se apausaba lentamente hasta reducirse a un suspiro.

Por las rejas que caían al mar Cantábrico, veía el promontorio próximo enfilado y terminado por peñascos informes, rudos y acantilados.

Era su alimentación escasa y se sentía de hambre. Tratara de huir, más el castillo estaba circuido por fosos y su portalón único con guardias de día y de noche. La vigilancia era excesiva.

Gemía Ramiro en su prisión hacía yá más de un mes, cuando cierto día gélido

del mes de enero percibió pasos fuertes de gente armada por las mazmorras del castillo, que abriendo la cancela férrea de su celda, presentáronse ante él.

Adelantose el que parecía ser jefe de aquellos mal encarados hombres y le expetó: "De órden de nuestro capitán sereis maniatado y conducido a los sótanos de esta" "fortaleza para prestar una declaración."

Sumiso y obediente dejóse atar sin la menor protesta, y una vez que así lo hubo, se le condujo entre dos filas de gente armada, con cara hosca y ceño fruncido, a la placeta del fuerte, donde vió que le esperaban dos señores que epístola escrita ortográficamente poseían en sus manos.

Sumiso ante los serios señores les miraba, no conociendo sus fisonomías. Uno le acechaba triunfante y rencoroso y le observaba con desconfianza. Era un allegado de su rival Ramiro de Peralba. A una señal de éste, los esbirros soltaron sus manos e hicieronle sentar en una silla puesta al borde de una mesa rústica sobre la que había un tintero y una pluma.

Enrique, ante aquél alarde de fuerzas, estaba medroso y tiritaba, se creyó llegado el último instante de su vida y se dijo: ¡Por qué los hombres no habían siempre de ingerir los jugos generosos que mantienen la vemustidad del alma!.

Adelantose el jefe de aquellas gentes y mandó a Enrique: "sentaos en la silla

dispuesta cerca de la mesa"; sin insinuar palabra obedeció el caballero navarro; al propio tiempo, los esbirros armados de tajantes sables, circundaban la posición de Enrique. Una vez sentado púsole a firmar la epístola escrita en el pergamino, que decía lo siguiente:

"Señorita María Azmar:

"Mi distinguida prima: Hemo sin novedad en la compañía de mis tíos. Me place el" "paisaje hermoso que en torno del lindo castillo de Pau da solaz a mi espíritu y ener-" "gía y vigor al cuerpo.

"Razones que ocultas he de guardar y que redundan en pro del porvenir del Es-" "tado navarro y especialmente de la muy noble casa de Fox, hánme obligado a contraer " "matrimonio con la joven y distinguida dama Isabel de Bearne, próxima allegada de mis" "tíos.

"Yo os suplico, querida prima, dispenseis mis amistades y prescindaiá de mis" "palatras anteriores, rogándoos por ellas humilde perdón y conmiseración por mi proce-" "der.

"A vuestros pies siempre vuestro primo

Enrique".

Leída la carta exclamó con toda la potencia de sus pulmones: "¡No firmo, qui-

tadme la vida antes que infameis mi nombre!"; forcejeó para levantarse, más lanzándose sobre él varios de los guardianes, amarráronle el brazo izquierdo y amenazándole con puñales sobre el pecho, asieron su mano derecha en la que colocaron la pluma y guiandola trazaron sobre el pergamino los rasgos de su firma.

Cometida la infamia fué conducido con las mismas precauciones a la celda, donde sumido en llanto sentía angustiosamente su sujeción de inferioridad.

Exponíase a su vista los deleitosos idilios con su prima, la terneza de la despedida, la promesa jurada de su matrimonio y exclama: "¡Virgen hija de Babilonia, desciende y sientate a mi lado! ."

¡Oh; moría en la tristeza de su encierro! Moría su alma en el transpaso de dichas disipadas, sufría.

Sonó sobre las olas una quejumbre, un grito, y vió una gaviota que asustada del hombre retrocedía hacia el mar.

Su barba estaba abundosa, crespa y su cabellera larga, hirsuta, le blanqueaba; su estado general era lastimoso.

Resplandeciente, como estela luminosa, fantástico como isla alada y veloz como amor legendario, pasaba a su vista un trasatlántico. Divisó el hidalgo sonrisas, alegrías y goces de viajeros, de damas vaporosas envueltas en fragancias; hubo en su alma

resurrección de ansias epicúreas y luego tristeza lacinante y llorosa por su soledad, abandonando la diosa que iba apagando la distancia.

Miró la altura constelada y lució el faro, luminoso mástil cuyo fanal relumbraba como un topacio enorme.

Desde aquella habitación creía hundir la mirada en todo el mundo y señorear la serranía, el mar; las nieblas, las pobres naves que en lontananza semejaban deslizarse por el cielo.

VI

En las tertulias de las salas señoriles de Tafalla y en las cocinas patriarcales de los caseríos comarcanos, en las calles y en los casinos, se murmuró menudamente de la vida de escándalo del caballero. Cayó Ramiro en la soledad de las gentes, que en su torno hacían el vacío.

Visitaba con frecuencia a la bella tafallesa que para él era su ídolo, su obsesión y de su peregrina belleza estaba cada vez más enamorado.

Celebraba la aristocracia cortesana las carnavalinas fiestas en el palacio real de Olite, donde residía ahora Doña Leonor. Del brillante y dilatado Alcázar venían aires de fiestas, de poesía, de vida.

La palatina recepción abría un paréntesis en el prosaismo de la vida ordinaria Al reberverar de millares de bujías se irisaban resplandecientes joyas de mujeres fragantes que al ritmo de cadencias músicas danmaban en la mascarada fiesta.

Asistía Ramiro luciendo uniforme de gala de capitán de los ejércitos navarros y dirigiéndose a María, que a la sazón no danmaba y descansaba en artístico sillón de la sala, díjole: "¿Quereis pasear en mi compañia? Siempre sois mi preocupación y mi dicha." María aceptando el brazo de Ramiro inició el paseo por los salones del regio Alcázar. Al pasar por el gabinete próximo al gran salón de baile, un correo puso una carta en manos de la angelical María. Era la falsa carta de Enrique.

María leyó y releyó su contenido, y aunque cien veces pasara sobre ella la vista, no pudiera darse cuenta de su situación. Es propio del estado psicológico en las personas de nobles y delicados sentimientos el acto de inconsciencia subsiguiente a las impresiones fuertes; replicó Ramiro: "¿qué; son nuevas de vuestro amable primo?"

Conocía muy bien el taimado el contenido de tal misiva, copia del original que él entregó a los facciosos.

Reconstituída María de la súbita impresión que la misiva le produjera, se desmayó, y llorosa condújola Ramiro a los afelpados sillones del confortable gabinete vecino, donde abaniqueándola y aspirando perfumes de fuerte fragancia se reanimó algún tan-

to de su lividez cadavérica.

Estática y apenas con conocimiento del mundo exterior, prodigóla el pérfido autor de la hazaña, palabras consoladoras y reparadoras de su amor perdido, frases galanas que prevalidasen su corazón liviano sobre el del pobre que gemía en los antros del castillo costero del Cantábrico.

Deshecha en llanto exclamó: "¡Ingrato, ingrato. Infiel, infiel, he sido vilmente engañada", y se retiró al elegante gabinete que en el palacio de Olite disfrutara como camarera que era de la princesa gobernadora.

La ciudad de Olite estaba triste y umbrosa; caían sobre sus calles solitarias las lentas campanadas de los templos, invitando a la matutina oración; y los sones religiosos rodaban por la vega. La ciudad siempre reposaba bajo el tañido de las campanas.

María en insomnio triste, mojó las ropas de su cama con el abundante llanto, causa de su desolación.

Ramiro, realizada su hazaña, sintióse fuerte y ganoso de amor placentero, resintió sus deseos epicúreos, contempló la lejanía melancólica y frunció su ceño en recuerdo de Enrique.

Gozoso y satisfecho felicitó a María en su nueva visita á palacio, dándola la horabuena por el casamiento bien de su primo, redoblando al propio tiempo sus súpli-

cas amorosas; su sorpresa fué grande al oir la voz argentina de la bella que seriamente declaraba su resolución de ingresar en el colegio donde pasara su niñez e hiciese sus estudios.

Ramiro, aparentando resignación, meditaba terribles planes que realizó.

VII

Doña Matilde, madre de María, jamás quiso que ésta volviese al colegio. Don Sebastian, hidalgo y propietario de dilatadas piezas paniegas en las herbosas márgenes del Cidacos, de cebadales altos y garifos en las faldas de los collados leves de San Martin, de dreceras oliveras que suben al monte mientras tiene blanda miga la tierra, de amenura pradera en el horizonte amplio de Olite y de sendas rotadas vitícolas en la amplitud terral de Pitillas, jamás soñó que la belleza hieratica de su casa tocase mongil blonda. Varón opulento y llano, trazó fastuosas e hidalgas fiestas en su casa e hizo grandes mercedes a sus subordinados.

Para él fué su sobrino Enrique excelente caballero, amante de su casa.

Para él fué Ramiro de Peralta excelente capitán y hombre de honor.

Los dos figuratan "bien" a su vista.

Don Sebastian era apreciado por Mosen Pierres de Peralta; queriánle los ami-

gos del Obispo de Pamplona y era por Doña Leonor distinguido entre los personajes de su Córte. Su caracter apacible y bondadoso se prestaba a la simpatía general.

Desolada María enseñó la carta de Enrique a su mamá Matilde, diciendo: "Enrique, mi primo, a quien amaba, se ha casado en Francia. Yo no quiero a otro hombre y todo mi deseos es ingresar en el convento de monjas donde hice mis estudios."

"Papá - exclamó dirigiéndose a Don Sebastian - yo quiero vuestra bendición y vuestro permiso para apartarme del mundo y retirarme al claustro."

La demanda cayó sobre los padres como despecho de amor perdido y contestaron a duo: "Cierto que Enrique fué un excelente y amable muchacho y puesto que faltó a su fidelidad y promesas, despreciémosle. Más ello no es caso de desesperación, pues la hidalga casa de Azmar, conocida en Navarra y limítrofes reinos, podrá dar a su hija por esposo un varón de valiosos y nobiliarios timbres. Denegamos, por consiguiente, tu pretenciosa idea de tomar el hábito."

No obstante, María, en cuyo corazón lacinado no podía cicatrizarse la herida abierta por Enrique, suplicó y persuadió a sus padres para que le consintieran su retiro al claustro.

Doña Matilde y Don Sebastian, conmovidos de su hija, accedieron a que marcha-/

se al colegio donde estuvo en su niñez, con la condición de que su ingreso sería como educanda simplemente, sin prestar ni prometer ninguna clase de votos.

VIII

Eran las ocho en el reloj del colegio; el ruidoso campanile agitaba sus múltiples y discordes sonidos, y la monjitas taciturnas, somnolientas, de tosco sayal, con las manos en las flotantes mangas escondidas, con la mente en Dios y el cuerpo de cilicios ceñido, por los amplios claustros del monasterio lentamente avanzaban hacia el coro.

La serenidad de los cielos, la quietud de égloga y el reposo de la naturaleza entera, producían la paz espiritual, la dulcedumbre virgiliana. En el silencio sepulcral de la noche, claramente se percibía el monoritmo de las salmodias ofrendadas por las angélicas voces de las monjitas.

Ramiro, al pié del pórtico, meditaba el plan de raptar a María; concibió su trama para ello. Parló con cuatro de sus criados más fieles a los cuales obligó a prometer hermético secreto.

Cierta noche en quietud de reposo bendecido, cuando la campanita de la capilla sonoreaba las oraciones del crepúsculo, cuando los metálicos sones llamaban a la comunidad a las vespertinas preces y las colegialas, con las madres, se dirigían hacia el

coro, Eduvigis, esposa de Marcelo, que era uno de los confederados de Ramiro, llamó en la portería del colegio.

La portera era mujer de años, un tanto achacosa; prestábala el servicio de recadista, Concha, joven de quince abriles que en las horas no precisas a los menesteres porteros hacía vida de fámula del colegio.

Eduvigis dijo a la portera: "Traigo un recado de parte de la mamá de la señorita María y precisa que la vea para entregárselo." No sospechó la bienaventurada portera la añagaza que Eduvigis llevaba. Inmediatamente subió al salón de vela donde las colegialas se aprestaban para marchar al coro.

Al propio tiempo que Irene escalata los peldaños de la sala de vela, penetró Ramiro en los claustros del colegio, dando principio a su plan astuto para raptar á María.

Descendió la portera y viendo a Ramiro le saludó, esperando su recado. El muy taimado díole el aviso de desear la visita a Blanca, colegiala hija de un íntimo amigo suyo de Peralta. Marchó María al salón recibidor sito luego de la portería, cuando las colegialas se dirigían en filas de a dos a sus preces vespertinas.

El claustro estaba formado de cuatro naves, paredañas con el patio central.

Vió Ramiro asomar a María por el claustro de la izquierda; en el momento Eduvi

gis salió por el portalón y los cuatro enmascarados que fuera esperaban, penetraron de súbito en el claustro. María al llegar a la puerta del recibidor viose de repente asida por los musculados brazos de los enmascarados que con un lienzo que apretaron en su boca ahogaron sus gritos. A los pocos instantes y turbada la doncella por la brusca e insólita acometida, colocaronla en una litera que, a hombros de los asalariados de Ramiro, relevándose de trecho en trecho, la condujeron a un castillo que en las inmediaciones de Tudela poseía Mosen Pierres.

En el intervalo, Irene se ausentaba de la portería para dar el recado a la visita de Ramiro, sin apercibirse del rapto de María.

Las monjitas y colegialas no se dieron cuenta de la desaparición de María hasta la hora del refectorio que tenían a las ocho de la noche, e inmediatamente comunicaron su ausencia a la familia, que se apesadumbró y procuraba inquirir su destino.

La noche parecía guardar a la raptada bajo cristales. El nublado se rasgó y las nubes ciñeron de negruras los confines y arriba el cielo azulea trémulo de estrellas; de cuando en cuando se desprenden lágrimas de la acatada lluvia, retenida en los árboles.

El caballero de Peralta puso a disposición de María el castillo con dos hom-

bres de edad, que lo cuidasen y evitasen la huída de María, y dos mujeres que como doncellas asistiesen solícitas a los cuidados de la tafallesa. Obligó a todas las personas de su servicio a prestar juramento de no pronunciar palabra con persona alguna que pudiera poner en conocimiento de los padres de María el secuestro de su hija, amenazando con fieros castigos a los voceros.

Trasladó el astuto su residencia a Tudela, desde donde visitaba con frecuencia a la bella desterrada. Elogios sin cuento prodigaba a la hermosura de la joven, promesas de felicidad perdurable, más nada alcanzaba de su voluntad de hierro.

Decíala Ramiro: "¿No es verdad que de este rincón apartado, donde se aumentaría nuestro cariño y nuestro amor, formaremos la base sólida de nuestra unión y felicidad futura?"

Y contestátale María: "Yo aquí, como en el colegio, quiero ser religiosa; jamás aceptaré vuestra pasión; nada alcanzareis de mi inocente corazón y espero salir de aquí sin mácula como a este palacio me trajisteis."

Ofendido Ramiro por las insistentes negativas, repúsola: "Nunca saldreis de estos muros sino consentís ser mi esposa."

"Antes morir mil veces; menos me espanta la muerte que vuestra odiosa pasión - replicóle la bella tafallesa.

La ciudad de Tudela parecía dormir en la paz campesina alumbrada por el buen sol. A los predíos dorados de las sementeras seguían tierras peladas. Aquél prado era una soledad vastísima mullida de terciopelo que ondulaba dulcemente en el confín, donde se abatían collados túrgidos y redondos y torrenteras umbrosas de olivar.

María era mujer hacendosa y tierna como la sabina o calabresa de Horacio, sus ojos viajaban sin saciarse por los campos y el cielo; placía en su ociosidad campestre de trabajos finos en bordado y encaje. Se sentía angustiada en aquél soledoso caseal. ¡Oh mujer pueril con inocencia y rubores de Cloe!

Gozaba la bella de absoluta independencia, como si fuese la reina de aquél castillo, al cual Ramiro había procurado ornar con todas las fastuosidades de un palacio encantado.

De este modo creyó que algún día sería dueño del corazón de la bella tafallesa

IX

Era calurosa tarde del mes de mayo; tormentosas nubes curzaban las oresterías del Moncayo. El relámpago hendía las tinieblas de la fea noche. La tempestad descendía sobre la tierra navarra, inundando campos y poblados.

Ramiro retornaba a la ciudad de Tudela cuando la tormenta le obligó a refugiar

se de nuevo en el castillo donde estaba María, del cual distaba pocos metros.

Los templos y los caseríos tudelanos, enmugrecidos por la humedad, parecían más vetustos; sobre el fondo de silencio del paisaje resbalaba el trueno con horrísono estruendo.

Ramiro presentóse en el aposento de María, exclamando: ¡Oh mujer, que eres bella cual no hay otra, no seas desdeñosa a mis súplicas! ¡Toda tu hermosura florece en tí esta noche! ¡Yo te quiero con todo mi ser!

Ella gimió, gimió..... huía .... huía sollozando a esconderse.

Le atrajo hacia sí y abrazada la llevó a la ventana enoristalada, iluminándolos la fosforescencia de los relámpagos.

Un trueno horrendo enmudeció las palabras del amante y la estrecho con más fuerza. "¡La vida clama amor.... yo te deseo..... te adoro!" "María, mis ósculos más " efusivos son para tí..... yo te beso en tus ojos bellos ..... en tus cabellos de querubin.... en tus labios de miel rosada." Y la besaba febrilmente; ella inquieta movía con rapidez la cabeza para impedir el temido beso en los labios y la diestra de Ramiro oprimía fuerte y tenaz las mejillas de María; por fin posóse su boca bárbara y amarga sobre los entreabiertos labios finos y coralinos de la mujer amada.

"¡Bésame tu .... Bésame!". Ella rígida, gentilísima, sollozando, volvió su es-

palda.

Y en este duo voluptuoso y liviano, comprendió Ramiro que su acción era truhan y violadorasante la trágica frialdad de la mujer desdeñosa.

Sintió extraño apagamiento de su amor y abandonando el potro cuerpo dulce y tímido, balbució: "¿Me perdonas?.....Perdón .... te he ofendido ... he sido bárbaro;" "¿Pero me querrás ..... me querrás por fiel esposo?"

No pudo mirarla, expiró su palabra contemplando la noche de maldición en la brillantez de las eléctricas descargas.

Entre tanto María huyó a los sótanos del castillo, escondiéndose acurrucadamente.

La noche venía de recia lluvia; canales, tejados empizarrados y gárgolas vertían diluvios.

Se oía la angustia de los árboles heridos por el ventarrón, el gemido de todas las cosas; tronaba el cielo, duro y seco; los vidrios de los balcones se extremecían y retemblaban los paredones y tapias.

María estaba oculta, medrosa, blanca, sollozata.

Clamaba el vendabal pavoroso. Holo respirata fuerte, rugiendo y murmurando co-

mo un coro de profetas angustiados diciendo maldiciones del Señor.

La llanura se encendía de un livor de claridad.

Ramiro dióse cuenta de estar solo, de que María había huído y en el mismo instante cayó un estruendo de ruinas que se descomponía en estampidos vibrantes con visión sublime de noche de fuego. La centella foqueando en el tejado del castillo, prendió fuego a una de las alas de la edificación.

Ramiro al frente de la servidumbre realizaba esfuerzos inauditos para sofocar el fuego, el cual iba extendiéndose por todo el edificio, cuando súbitamente desplomándose el piso del compartimiento donde se encontraba, se derrumbó a los sótanos entre escombros, de donde le extrajeran mortalmente herido.

Ensangrentado y moribundo se le trasladó al lecho más próximo. Conociendo que su fin se aproximaba y para obtener el perdón del cielo, llamó a María y ante ella exclamó: "¡En el postrer momento de mi vida perdónadme! ¡Decid a vuestro fiel Enrique que contrito y arrepentido de cuanto mal le hice, espero su perdón!." Antes de expirar envió a uno de sus leales servidores al castillo en que estaba encerrado Enrique, con la misiva siguiente:

"Capitán del Castillo del Bearne: Desde mi lecho de muerte os ordeno que inme-

diatamente dejeis libre al retenido Enrique, al cual direis regrese con toda urgencia a su casa de Tafalla

Ramiro."

Partió presto para Francia el escudero de Ramiro a comunicar al caballerogo Enrique el término de su cautividad y el regreso a la tierra donde meciose su cuna, para abrazar gozoso a la doncella de su amor.

Al poco rato expiraba el inquieto y sagaz capitán, caballero de accidentada historia.

X

Mañana de alegría, de cielo azul y de fúlgido sol; los campos anegados eran trozos de espejo, reflectores del azul de los cielos; las plantas estaban verdes, vigorizadas por la primaveral lluvia; el aire poblábase de alborozo, de arrullos de palomas y gritos de golondrinas.

Libre del cautiverio, marchó María acompañada de sus guardianes a la morada de sus padres, donde penetró gozosa y sentimental.

La calzada estaba solitaria. María contenta, se mostraba pura, pura porque no tenía pecados. Sentíase limpia de manchas, con alegría de inocencia y veía sonrisa y ju-

ventud en toda la campiña. Le rubo vizaba una susceptibilidad sagrada recordándose besada por Ramiro. Mostraba dulzura melancólica que se convertía en gozo mirándose y amándose pura. Recibió las caricias de Ramiro forzada, entristecida, castísima. Recibió las caricias de Enrique su prometido, con cariño, con afección de amada, con dulzura inefable. Eran sus voliciones de Enrique, al que ansiaba ver.

Con alegría inmensa fué recibida María por sus padres, los cuales se encontraban llorosos y apesadumbrados por la suerte de su hija. Doña Matilde y Don Sebastian oyeron relatar fielmente a María toda la epopeya acaecida y sintieron por ella sus desgracias y sufrimientos.

Decía la bella a sus padres: "Cuando regrese Enrique, que será en breve, yo "
"os pido vuestra autorización para cumplir la promesa de casamiento que en tierno idi-"
"lio le ofrecí."

A lo que Don Sebastian y Doña Matilde asentían gustosos, preparando fastuosas bodas que habían de realizarse en Tafalla.

Supo Doña Leonor toda la historia de los sucesos acaecidos a Enrique y María y la sagacidad y astucia del capitán Ramiro, y condolióse de los sufrimientos pasados por sus leales servidores. Abominó de la conducta de Mosen Pierres y relató en extenso documento las hazañas cometidas por el Condestable, comunicándolas a su marido Don Gas-

tón de Foix que estaba en Francia, y a su padre Don Juan que residía en Zaragoza. Mosen Pierres y su familia cayeron en desagrado de la Córte Navarra y fueron acertamente censurados.

Por cierto lapso de tiempo quedaron obscurecidos en remordimiento de los hechos cometidos.

Al momento de recibirse en el castillo costanero la última voluntad de Ramiro, abrieron a Enrique el ensanchado portalón, y con un adiós socarrón, despidiole el jefe de aquellos antros presidiarios. Proporcionáronle un caballo bayo y con la compañía de dos escuderos, jinetes en ligeros mulos, partió para Tafalla.

Ensanchose su espíritu al verse libre y amplió su mirada por el horizonte del mar Atlántico y de los cíclopes pirenáicos. Detrás del vaho matinal se adivinaban las sierras gigantes del pirineo, azules como masas de nubes.

La costa cantábrica retrocedía y avanzaba en el mar rayado de espumas; y el mar liso, bello, como inmensa balsa cristalina, de agua panda y limpia, subía, subía al cielo en concordia purísima con la inmensidad. Y siguió la vereda ancha, nublada por las altas frondas del pirineo.

El sol de mayo vestía de florestas lujuriantes los altozanos de Roncesvalles y de Burguete; en el sosiego bendito de los campos se esfumaba el deleitoso perfume de

romeros, gencianas, tomillos y espliegos; desde las crestería serranas se deslizaban murmullantes arroyuelos de aguas pandas y cristalinas; la norteña brisa refrescaba suavemente el caliginoso ardor del astro rey; y en la sonriente perspectiva de aldehuelas y caseríos montañeses, de tapias blanqueadas en el invierno, se advertía el resurgir de la naturaleza entera con las suaves auras primaverales.

Sonriente y contento emergía Enrique de la bella montaña navarra al hondon praderoso, pletórico de bancales enjutos de mies dorada en la ribera del país donde meciose su cuna.

Y en los albores de la luz como en el crepúsculo inmenso y nevado de blanco plenilunio, cuando el ocaso del astro lo mismo ~~así~~ que en las siestas estivales, veía resurgir una nueva naturaleza, encantada por los árboles de floración polieromada y los arbustenos de fragancia rosada, por los pios gorjeos de las aves y de los pájaros que en armoniosos trinos cantan su celo fecundo y entonan laudemus al inmortal Hacedor.

Vigorizado con la alegría que da la libertad, con el contento y júbilo que tras de la ausencia forzada producen los lares familiares; con el corazón fibrinoso y trémulo al recuerdo del abrazo a la bella amada, a la hermosa adorada, penetró Enrique en casa de María y presentado enseguida a toda la familia, se deshicieron Doña Matilde y Don Sebastian en efusivos abrazos con su querido sobrino, besando en arrojos de deli-

quio amoroso a su prometida María. Escena tierna y cariñosa, digna de pincel brillante, en la cual holgaban las palabras ante el sentimentalismo efusivo de los corazones. Enrique recogió en sus brazos el cuerpo adorable.

Se celebraba la fastuosa boda de los Azmar. Era día de alegría para los tafalleses.

La princesa Doña Leonor apadrinaba en persona a la bella tafallesa. Era espléndida la comitiva nupcial. Ataviada la princesa con brillantes joyas de la corona Navarra realzaba su soberana figura. No se deformaba la novia María con pesadumbre de refajos, ni de recias telas enmirriñacadas; se agradaba sencilla, de modo que confesara su gallardía, la pureza de su carne joven; su voz tenía terneza y arrullo de fontana. Realzaba el novio galán su apostura y marcialidad con el uniforme de los capitanes navarros.

Lucían su hidalga vestimenta los sesudos y hombres de pro; flirteaban murmurientos los señoritos baldíos y de sus arcazas exhumaban los lienzos que tenían fragancia de sosa casera y los ternos con fragancia de naftalina. Miraban los agoreros malsinando de la brillante comitiva; a los parleros ojos de los mirones asomaba la tenta-

ción.

La ciudad estaba regocijada; los muchachos golpeaban adufes y chistos, cantaban y pedían dulces y sanchotes. En la plaza, los labriegos muy mudados platicaban o jugaban en grupos, festejando a la princesa. El crepúsculo se aproximaba, habían salido los murciélagos; se encendían luminarias y en el cielo brillaba el filo de oro de una luna nueva.

¡Flores de lirio, de jazmín, de azucena! ¡flores de pureza!

¡Flor que en la rosaleda exhala entre espinas fragancia de poesía, fragancia de vida en la primavera tibia, a cuyos perfumes liban aladas mariposas y entonan himnos los pájaros; y en sus frondas y boscajes instalan su nido de amor para que en desposorio eterno de almas, cuerpo y universo, se revivifique la naturaleza y se perennice la existencia!

¡Oh mujer, virgen navarra, gracil y candorosa eres Flor tafallesa!